

solemnes en que se pronunciaban estas bendiciones, y por ellos sabemos que uno de esos momentos era el del banquete de la noche de Pascua, en el cual el jefe de familia debía tomar en sus manos el pan y el vino, diciendo al mismo tiempo: «Bendito sea el que ha producido este pan y el que ha hecho brotar el fruto de la vid...». Y esto es precisamente lo que hizo Nuestro Señor en la última Cena: «Tomó el pan, y dando gracias lo partió y lo dió». Así la idea antigua de bendecir a Dios por sus dones, pasó a la fórmula de nuestro sacrificio y le dió su nombre: Eucaristía. La misma invitación que el sacerdote hace a los fieles al comenzar: *Gracias agamus Domino Deo nostro*, toda la oración

va a ser una acción de gracias, pero una acción de gracias más amplia, más consciente, más sublime que la que podría pronunciar un rabino, o elevar a Jehová un padre de familias en el banquete pascual, puesto que la revelación de Jesús había dado a conocer más altos misterios sobre la naturaleza de Dios; había descubierto perspectivas admirables sobre su amor infinito; había dado una noción más precisa sobre su paternidad y su misericordia, y se había manifestado de una manera insospechada en la obra redentora del único mediador y adorador perfecto, a través del cual deben llegar al cielo todos nuestros ruegos y todas nuestras alabanzas para que tengan un valor infinito.

